

El mar de los desterrados

«¿CUÁNTA PATRIA NECESITA un novelista?», se pregunta Leonardo Valencia en un lúcido ensayo que abre ahora mismo su *blog* de notas. «¿Qué importancia tiene para algo inútil como la novela, algo tan importante y útil como una patria?», se vuelve a preguntar líneas más abajo en su cuaderno de blogósfera. A juzgar por los títulos de sus libros anteriores –*La luna nómada* y *El desterrado* (por si acaso, su página web se llama «Tribu errante»)- a Leonardo Valencia le hace falta muy poca o ninguna, pues nadie incrusta en un título conceptos como «nómada», «errante» o «desterrado», si no es para formular una declaración de principios. Por eso me he preguntado más de una vez qué nos quiere decir Leonardo Valencia con el título de su nueva novela: *El libro flotante de Caytran Dölphin*.

Soy un fetichista de los títulos, nunca escribo nada si no tengo antes el título y por eso mismo creo que soy capaz de reconocer cuándo un escritor ha querido decirnos algo a través del título. Por lo tanto, me propongo analizar *El libro flotante de Caytran Dölphin* deconstruyendo su título: por qué «libro», por qué «flotante» y por qué «Caytran Dölphin».

Libro

Como todas sus obras, la nueva novela de Leonardo Valencia es la cifra de sus lecturas, un alarde de metaliteratura y una elegía al libro como *arte factum*. Por lo tanto, *El libro flotante de Caytran Dölphin* de entrada es una novela libresca, porque remite a ciertos libros mientras se sostiene en otros.

Por otro lado, la novela nos habla de un libro –*Estuario*– que abre en canal a los protagonistas de la trama. En realidad sólo tres personajes leerán *Estuario*, apócrifa obra cuya tirada completa enmohece en una ciudad arrasada por las aguas, mas no es preciso tener cientos de miles de lectores para que la mera existencia de un libro provoque un desasosiego unánime. ¿Después de todo, cuántos libros prohibidos han torturado la imaginación humana sin que nadie los haya leído, precisamente porque estaban prohibidos?

Los actores principales de *El libro flotante de Caytran Dölphin* escriben libros, pero mientras uno los mantiene inéditos el otro los publica para sepultar la edición entera. Y aún así, cada uno de esos escritores secretos es el único crítico y lector del otro. Ninguno de los dos sería Kafka, pero ambos podrían ser Max Brod.

Por lo tanto, desde el título de su novela Leonardo Valencia reivindica el valor del libro como objeto sagrado, como mundo inteligible y

como creador de realidades alternativas, exentas y autónomas de la corriente y moliente. ¿No es perturbador que una ciudad entera se haya hundido –Guayaquil- y que algunos de sus habitantes sólo tengan pensamientos para un libro?

Flotante

Hay muchas cosas «flotantes» en esta novela de Leonardo Valencia. Flota –en efecto- un libro en las aguas del lago albano a las afueras de Roma, pero antes ya había flotado su lectura sobre la brisa marina de Guayaquil, y también se habla de una literatura flotante, de familias flotantes y de historias flotantes de esas mismas familias flotantes. ¿Cuántas connotaciones tiene la palabra «flotante» en la novela de Leonardo Valencia?

Lo «flotante» es lo opuesto a lo hundido y en la novela hay una ciudad sumergida –Guayaquil-, la ciudad natal de un escritor que ya nos ha avisado que es «nómada», «desterrado» y «errante». Quizás por eso también «flotante», porque nada lo une ya a la ciudad submarina. Ni siquiera eso que llaman la «identidad» o –últimamente- el «hecho diferencial». En realidad, cuando uno es un escritor desterrado, hijo de desterrados y nieto de desterrados, la patria sólo puede ser un mundo

«flotante» de sueños, lecturas y memorias. Un «mundo flotante» a imagen y semejanza del que fraguó Ishiguro para el arte.

Por lo tanto, hablar de un «libro flotante» vendría a ser una manera diferente de referirse a una «luna nómada» o una «tribu errante», aunque un «libro flotante» supone su levedad y aquí habría que preguntarse si la nueva obra de Leonardo Valencia es una novela al uso o un libro de aforismos con un *bonus track* de trama. Ni lo uno ni lo otro: *El libro flotante de Caytran Dölphin* es una novela de pensamiento y un conjunto de pensamientos novelados, donde la historia está al servicio de la reflexión y en ningún caso al revés.

Así descubrimos que hace falta un personaje pensante, que piense y haga pensar a los lectores y a las criaturas de la novela.

Caytran Dölphin

Como me consta que Leonardo es un lector que escribe y no un escritor que lee, supuse que «Caytran Dölphin» sería algún rebuscado personaje de esas sofisticadas novelas anglo-húngaro-pakistano-croatas que Leonardo lee en versión original. Sin embargo, cuando teclée «Caytran Dölphin» en google, tan sólo me aparecieron seis o siete sitios de internet y todos me remitían a Leonardo Valencia. Volví a teclear «Caytran» y el buscador volvió a darme las mismas referencias, porque el único «Caytran

Dölphin» de la literatura universal es el «artista flotante» de Leonardo Valencia.

A lo largo de la novela, «Caytran Dölphin» es el alias de Guillermo Fabbre y a la vez el desaparecido autor de *Estuario*, aunque más tarde se llame Iván Romano y uno descubra que *Estuario* es el doble-contrario de la *Vita Atlantis*, un poemario dedicado a una ciudad sumergida y que desencadena la escritura de un «libro flotante». Es decir, un libro de exilios, un libro sin género, un libro de poemas en prosa y un libro que se justifica a sí mismo porque cuenta con un único lector.

«Caytran Dölphin» es el nombre de la máscara, pero no es el personaje. «Caytran Dölphin» también es el reflejo de la máscara y no necesariamente la máscara. «Caytran Dölphin» es –por último- el vacío que dejó la ausencia de «Caytran Dölphin», tal como el agua que anega Guayaquil y el agua que dragaron del lago Albano. ¿Qué tienen en común las naves naufragadas de Calígula y la insondable Guayaquil sumergida? Que ninguna de ellas podía flotar.

F.I.C.
Sevilla, 19 de abril de 2006